

EL PUEBLO BASCONGADO.



De Irún á Cádiz y de Lugo á Gerona, la mayoría de los españoles,—por no decir todos,—tenemos una fatal desgracia, la cual, además de favorecernos muy poco, nos hace aparecer ante los demás ménos de lo que somos.

La desgracia á que me refiero es que, cuando por necesidad ó capricho, visitamos una poblacion extranjera, todo lo de aquella parece agradarnos más que lo nuestro: la ciudad, sus costumbres, un barrio, la cosa más insignificante nos llama la atencion, como si en España no tuviéramos costumbres originales dignas de admiracion, ni poblaciones que, bien adornadas por el arte ó embellecidas por la Naturaleza, no solo pueden igualarse á las más bellas y adelantadas ciudades de Europa, sino aventajarlas. Esto ni es arrogancia ni mucho ménos, pues hora es ya que los españoles no alabemos tanto—exagerando muchas veces—y demos á lo nuestro la debida importancia.

España entera, que desde siglos está dividida en regiones—y estará—tanto políticamente como por el corazon de sus provincianos, es un país que, para conocerlo siquiera medianamente, es preciso ir de region en region, y aun de pueblo en pueblo, estudiando mucho y fijándose más en todo, y de este modo se encontrará la gran diferencia que existe entre los individuos y las costumbres tan distintas de unas y otras provincias, aun por cerca que estas se hallen.

Seguramente nadie negará que los usos y el carácter de los nobles hijos de Guipúzcoa no son iguales, ni parecidos, al de los hidalgos castellanos; como los francos descendientes de Lanuza son por todo distintos que los honrados y leales nabarros, siendo ambos de provincias vecinas.

Una ciudad ó una aldea de España, por humilde que sea, no está

exenta de poesía ó grandeza, pues allá donde la naturaleza no fué muy pródiga, lo fué el arte, que, por la fe y la piedad, elevó allí una catedral ó monasterio; y donde esto no existe, la Providencia lo ha enriquecido con encantadores paisajes que encantaron al visitante, ajeno de encontrar en junto tanta belleza y en tan ignorado y apartado sitio. Que ensalcemos tanto lo extraño sin ver ni conocer lo nuestro, repito que es una desgracia.

¡Por qué hemos de admirarnos teniendo nosotros la bella Andalucía, con sus cármenes y sus ricos olivares; la hermosa Valencia, tan abundante en flores como en hermosura sus valencianas; Galicia, la pintoresca y melancólica patria de tantos filósofos y héroes, y la hidalga y siempre fiel Casilla, con sus soberbias catedrales de Toledo y Búrgos, y su monasterio del Escorial, tan imponente y grande como debía ser la fe de Felipe II!

Cada provincia bascongada tiene su historia tan célebre como notoria; dígalo Nabarra, allí está Roncesvalles; allá unos pocos y fuertes nabarros hicieron huir á un poderoso ejército; de Pamplona fué San Fermin,—casi adorado de los nabarros,—y en Nabarra nació San Francisco Javier.

Alaba posee en Estivaliz la iglesia de más mérito—por su antigüedad—pues es una de las primeras que se edificaron en España. Vitoria, la capital de la provincia alabesa, es cuna de San Prudencio y ciudad que conserva antiquísimos edificios, aunque no muchos desgraciadamente.

En Bizcaya, la mayor provincia de las bascongadas, está Guernica, y allí el venerado roble, al pié del que se juntaban los bascongados.... de antes, que atravesaban el pueblo bascongado de un extremo á otro, con calores y frios, ¿para qué? para unirse allá sin más títulos que su honradez y cariño á su querido pueblo, ni otro deseo que hacer justicia.

Qué decir de las Provincias Bascongadas; del pueblo que solo se regía por la honradez de sus conciudadanos, del país de la nobleza, de la pacífica tierra, tan bien administrada como tranquila!

¿Qué nacion tiene una historia tan brillante como la nuestra? ¿Qué nacion tiene unas provincias tan privilegiadas como las Bascongadas? Con creces sirvieron los bascongados á la patria: con lenguaje tan florido como sus valles, escribieron la historia Lopez de Ayala y Garibay, y con teson, tan fuerte como sus rocas, defendió el Catolicis-

mo San Ignacio, contra miles de enemigos propagandistas de una nueva secta, no consiguiendo del todo su codiciado intento, merced al santo varon hijo de Loyola.

No precisamente han tenido las Provincias Bascongadas célebres marinos y conquistadores que en otro tiempo dieron á España gloria y tierra, sino tambien eminentes hombres de Estado que, como Idiaquez, fueron secretarios de tan poderosos reyes que nunca el sol se ponía en sus dominios.

Pasarán años, siglos, plantarán en Guernica nuevos árboles, por haber caido otros; los nuevos echarán hoja y se caerán de añosos, pero cuanto más y más tiempo pase, ménos olvidada tendrán los bascongados la... idea de lo que... fué aquello.

¡Quién no conoce á Guipúzcoa, quién no ha visto ó ha oido elogiar á la bella Easo, la capital donostiarra, que hace setenta y ocho años era sólo cenizas, obra de un ejército tan indisciplinado como numeroso!

El año 1813, los *donostiarra*s, á quien el enemigo dejó sin casas donde vivir, se juntaron en Zubieta y juraron reedificar la devastada ciudad; murieron aquellos valientes y sufridos, y, como se ve, sus descendientes cumplen aquel patriótico juramento de tal modo que San Sebastian puede envanecerse de ser la capital orgullo de España y admiracion de extraños que nos juzgan.... como quieren.

Muy indiferente ha de ser y casi digno de lástima quien, conociendo nuestra España querida, y sabiendo lo que vale, encuentra léjos de su patria más atractivos que los que tiene la tierra del amor y del cielo siempre azul, del pueblo que, casi hambriento y desnudo, supo y sabrá defenderse y morir antes que humillarse.

JOSÉ G. GARRIDO.

